



El Simbolismo Cristiano

The Christian Symbolism

Mons. Vicente Ciliberto

Academia de Filosofía del Seminario Mayor San José – La Plata – Argentina

Resumen

Este artículo fue publicado en octubre de 1949, en ocasión de un número especial de la revista *Sapientia* por los 25 años de la fundación de la Academia de Filosofía del Seminario. El entonces seminarista Vicente Ciliberto, quien luego sería un eminente y reconocido profesor de Filosofía con larga trayectoria en la casa, escribió este ensayo acerca del simbolismo en la liturgia cristiana, en el que toma algunas nociones de la Filosofía del Arte. El original está escrito en puño y letra por el autor.

Palabras clave: símbolo, liturgia, arte, filosofía, Ciliberto

Abstract

This article was published in October 1949, in a special issue of the magazine *Sapientia*: the 25 years of the foundation of the Philosophy's Academy from the Seminary. The then seminarist Vicente Ciliberto, who later would be an eminent and recognised Philosophy's professor with a long career on the house, wrote this trial about symbolism in christian liturgy, taking some notions from Art's Philosophy. The original is written from the hands of the author.

Key words: symbol, liturgy, art, philosophy, Ciliberto

Recibido: 18/08/2022

Aceptado: 19/08/2022

Publicado: 25/11/2022



Símbolo, ha dicho el P. Derisi en su libro “Lo eterno y lo temporal en el arte” (1942), no es sino el intermediario sensible indispensable para poner en contacto la vida espiritual de los hombres que sólo mediante él pueden evadir la inmanencia de la propia alma para llegar hasta otro... Quizá completen un tanto esta definición unas palabras que al respecto tiene el P. R. Guardini en “El espíritu de la liturgia”: *“Para que haya símbolo se requiere la coexistencia de estas dos actividades, es decir, de comunicación y delimitación. El símbolo surge cuando lo eterno y espiritual encuentra su expresión externa y sensible”* (1918).

Sin embargo, no basta el hecho de que un contenido de orden espiritual vaya arbitrariamente ligado a algo material por contenido constante, como por ejemplo la idea de justicia representada por una balanza. Para que el símbolo exista es preciso que la transposición, que la proyección de lo interno a lo exterior, se verifique con carácter de necesidad esencial y obedezca a la exigencia de la naturaleza. De esta manera el cuerpo por su misma condición natural, se convierte en imagen expresiva del alma y, a su vez, un gesto involuntario cualquiera puede revelar la existencia de un proceso psíquico.

Además, para que haya símbolo se requiere que este aparezca tan claramente circunscripto, que su forma expresa no pueda servir para indicar ningún otro contenido espiritual, y su lenguaje deberá ser tan abierto y claro que no permita más que una interpretación única y para todos accesible y obvia. Ya tenemos lo que es símbolo.

Pero ahora viene algo muy interesante, como es el saber que a Dios no le ha parecido mal esta artimaña de que se valen los hombres para evadir su propia inmanencia de ellas, y la ha tenido por tan buena, que ha querido adaptarla Él mismo para romper su inmanencia con respecto a los hombres. Así tenemos que Dios se vuelca en el hombre por la Encarnación, y por los sacramentos en una segunda lógica. Conociendo lo cual el hombre, abre una nueva ventana de trascendencia hacia Dios con el arte y los signos sagrados.

Los hombres han sido enemigos durante mucho tiempo. Un buen día, uno de ellos disculpándose le tiende la mano al otro. Externamente sólo se ve un hecho fisiológico: dos manos unidas. Es la parte material del símbolo. Pero en el instante de estrecharse las dos manos, ha sucedido algo más grandioso: dos almas librándose de su inmanencia por medio de la materia, se han reconciliado, se han transformado (digamos así) en una sola alma. Todo lo que está viviente en el espíritu humano pasa a ser posesión del otro cuando éste, en un momento pleno de sentido, puede tomar la mano de otro hombre.

Pues Dios también nos ha comunicado la realidad de su unión con rastros en el simbólico misterio de la Encarnación y de los sacramentos.

“El valor de la materia sube, en la medida en que se convierte en estricto símbolo de una realidad más elevada” (P. J. Pinks)¹. Así es que la materia antes de Jesucristo era símbolo del espíritu en el hombre, pero desde la Encarnación del Hijo de Dios, es símbolo

¹ Algunas de las citas no son rastreables por ser un artículo inédito y a mano del autor en el año 1949.



del que “Es”. El agua lava los espíritus, el aceite viriliza las almas, el pan deifica los cuerpos y las almas, etc.

¿Qué ha sucedido? Dios nos ha tendido la mano, ha pedido nuestra carne, y en el símbolo nos ha comunicado la realidad de su vida. En el misterio de la Encarnación la materia ha llegado a ser el símbolo real de la Divinidad.

En este sentido el ojo del científico, del filósofo que miran como tales al mundo, es algo así (dispéñenme la expresión) como el ojo de un animal irracional que ve el acto fisiológico de dar la mano, pero no llega a la realidad misteriosa de la conjugación de dos almas. Porque el cosmos ya no es solamente fenómenos, cualidad, materia y forma; es algo superior a todo esto: es símbolo real de Dios ¡El filósofo y el científico que se han contentado con la parte material del símbolo, han perdido su vida!

Ya hemos visto someramente cómo Dios por el símbolo ha salido analógicamente de su soledad. Miremos ahora cómo el hombre se abre hacia Dios, cómo rompe su aterradora soledad.

El símbolo del cual se vale el hombre para abrirse a los otros hombres no logra abrir el último resquicio del alma. Llegará un momento en que se sentirá incomprendido y a la vez experimentará con profundo pesar que no puede comprender a los demás. Los símbolos con que los otros le abren sus almas ¿encierran una forma, o son pura materia? Una incógnita se abre en el camino de su vida.

Se halla en el momento decisivo del combate; hay que decidirse: o su soberbia lo hundirá en un absoluto egocentrismo, en irracional existencialismo, o caerá de rodillas mirando hacia el cielo con ojos de esperanza ¿por qué?

Es que ha intuido que alguien lo comprende: Dios. Este es el punto de partida del simbolismo cristiano del hombre que se abre a Dios por la analogía del símbolo. Se ha puesto de rodillas para decirle a Dios (aunque Él ya lo sabe) que también su alma está de rodillas, que rebaja su estatura material porque su espíritu se siente nada ante Él. Ha juntado sus manos como para que la vida espiritual no fluya al exterior, sino que se comunique con el interior, y que permanezca en él, cerca de Dios. De pronto se ha puesto de pie, quiere obras, quiere demostrarle a Dios que lo ama y marcha recto, firme, enérgico, a lo hombre hacia la Deidad, hacia la Cruz, hacia la Edad perfecta de Cristo.

¡En las procesiones, ha dicho Guardini en “Los signos sagrados” marcha el Cuerpo Místico de Cristo hacia la plenitud! (1922).

Pero para ciertos hombres privilegiados por la naturaleza, se abre un nuevo camino por el cual marchar hacia Dios: el arte. *“El cual, siguiendo una definición del P. Derisi, es la proyección del hombre todo entero: la creación espiritual de su alma, que como ella misma necesita de un cuerpo, que, si bien lo individualiza o lo limita, a la vez lo sustenta y coopera con ella en sus actos”*.

Pero aquí sólo queremos trazar un somero esbozo del arte cristiano, haciendo abstracción completa del arte religioso. Porque si bien ambas se inspiran en Dios y en sus creaturas, con todo el primero lleva el cuño de la hermosura de Cristo vivida intensamente; mientras que el segundo sólo será una belleza sobrenatural, naturalmente vivida que se manifiesta en un motivo religioso.



Así tendremos el arte religioso del Renacimiento. Del cual, haciendo una digresión, debemos decir con Berdiaeff que lleva mucho del culto cristiano-medieval porque el hombre del Renacimiento es un hombre desdoblado perteneciente a dos mundos... *“Todo lo que hubo de auténticamente grande en el Renacimiento, estaba vinculado en la Edad Media, cristiana”* (Berdiaeff, 1979, pág. 18).

Debemos recalcar últimamente que el arte cristiano puede extenderse a temas profanos, mientras que en temas religiosos podría haber tan sólo arte pagano. Pero nuestro intento es mostrar cómo el artista cristiano se abre a Dios por la analogía del arte.

“Todo artista, ha dicho Jacques Rivière, viene al mundo para decir una sola cosa, muy pequeña, aquella que trata de encontrar para agrupar al resto a su alrededor”. Pues esta cosa muy pequeña en el artista cristiano es la humildad de la Cruz, es la belleza de la gracia, vida de Cristo intensamente vivida, es la armonía silenciosa del Evangelio oído en la soledad interior. En breves palabras, la vida sobrenatural del artista es la fuente del arte cristiano; porque ella solamente es la que impone una belleza sobrenatural al hombre. “Toda obra de arte, dice Maritain, es una confesión que hace el artista descubriendo el ser de las cosas”.

Pues lo que el artista cristiano nos comunica, es su espíritu conmovido por la Divinidad que lo ha asimilado. A esta Divinidad la ha sentido tan rectora de su vida que ha querido simbolizarla en el centro de su ciudad, en una majestuosa catedral de piedra. Con Dios en su corazón se sintió tan grande que quiso subir hasta el cielo despegándose de esta tierra que lo limitaba; y a la vez se sintió tan pequeño que quiso contemplar al Dios humillado en la Eucaristía, perdiéndose en la inmensidad de una catedral gótica, que lo engrandecía y lo aplastaba a la vez.

Por último, se sintió tan alegre con la posesión de la Divinidad, que quiso cantar, y lo hizo con un canto volátil, con ese arte de rodillas que es el canto gregoriano, el cual, en oposición a la música moderna, parece querer librarse de la materia. Cantó con un canto que según dijo Hunswaus: *“Es la paráfrasis (...) y ondulante de la inmóvil estructura de las catedrales”*. Diríase que el canto gregoriano se ruboriza de presentarse ante Dios, Espíritu puro, con tanta materia, y entonces emprende la tarea de diafanizarse, mortificando lo que tiene de materia, hasta reducirla al mínimo necesario para alcanzar una condición existencial concreta.

El artista ha querido demostrarle a Dios que lo amaba en el cuasi-resto de su arte. El hombre de rodillas, de pie, marchando, en la fiebre abrasadora del canto y del arte quiere decirle a Dios una palabra, aquella palabra que repite eternamente el Verbo: podré.

Y ahora una última mirada, con el fin de reconocer el valor del arte dentro de la Iglesia.

¿Quién es Dios? Él mismo nos lo responde en la Biblia: “Yo soy el que soy” (Ex 3, 14), es decir el ser por esencia.

¿Qué es el arte? Yo diría que es un embalar la belleza hacia nosotros; y esta a su vez se mide por el grado de realización ontológica. Pues conjugemos estas dos respuestas y tendremos el porqué del arte antiguo.

El arte cristiano lanza sobre nosotros la belleza de Dios. *“El arte cristiano, dice el Card. Gomá, es la proyección de Dios tal como se nos reveló y tal como lo han vivido las generaciones cristianas... es el hecho espléndido que junta a Dios y al hombre por el*



lado de la belleza”. De aquí que, aunque el arte no produzca la gracia “ut sic”, con todo “*puede ser la espléndida propedéutica que prepare en las almas los caminos de Dios*”. Porque el arte cristiano “*podría llamarse una teofanía estupenda*”: es Dios mismo proyectado en nuestros templos, ceremonias, utensilios, con toda la fuerza con que a Él le plugo revelarse al Espíritu cristiano.

Más aún, el arte cristiano tiene una misión unificativa, y así como la idea religiosa reduce a la unidad toda la vida, el arte cristiano reduce a la unidad toda belleza dentro del vasto sistema estético.

En el cristianismo medieval, toda belleza encarnada en la materia, es decir todas las artes (conservando la individualidad necesaria) se habían fusionado íntimamente alrededor de un objeto, Dios, y un mismo fin: llenar las almas del sentido de Dios.

Miremos últimamente al cristianismo frente al arte moderno ¿pensaréis que lo rechaza? Muy por el contrario, la Iglesia abre los brazos a este arte, que, aunque no ha nacido en el cristianismo como el gótico, con todo está regado subsudáneamente por él. Porque las raíces de Europa y Occidente son católicas. “*Europa es la fe*” ha dicho H. Belloc. (1922)

Y, además, esa su etimología renovada, esa su simplicidad y transparencia lo capacitan más que al arte clásico, para recibir el contenido religioso de una vida cristiana íntimamente vivida.

Referencias

Belloc, H. (1922). *Europa y la Fe*. Ciudadela Libros.

Berdiaeff, N. (1979). *Una nueva Edad Media*. Buenos Aires: Editorial Carlos Lohlé.

Derisi, O. N. (1942). *Lo Eterno y lo Temporal en el Arte*. Buenos Aires: C.E.P.A.

Guardini, R. (1918). *El Espíritu de la Liturgia*. Andernach: Centre de Pastoral Liturgica.

Guardini, R. (1922). *Los Signos Sagrados*. La Plata: Surco.